

UNA VIDA GRAMSCIANA

Juan-Ramón Capella: *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005, 285 pp.

Manuel Sacristán (1925-1985) ha sido una importantísima figura en el ambiente universitario barcelonés, en un periodo de tiempo que abarca desde mediados de los años cincuenta hasta su muerte, ya superada, o casi, la transición democrática. Ha dejado su huella, previsiblemente, en muchos intelectuales que hoy andan ya por *acmé*, y ha sido profesor de muchos otros que han pasado por las aulas de la Universidad de Barcelona. Juan-Ramón Capella ha sido alumno y amigo del viejo profesor marxista, y en este libro intenta dar a conocer su biografía intelectual y práctica, mostrando sobre todo ésta última como elemento vertebrador de la primera. Es difícil entender al Sacristán teórico, el primer especialista en lógica que hubo en la España de posguerra, sin el Sacristán político, militante del PSUC clandestino, y miembro de la directiva del PCE.

Capella proporciona, en una interesante narración biográfica, información detallada de los intereses filosóficos de Sacristán, desde sus primeros estudios epistemológicos, los cuales abandonó tempranamente _o dejó relegados a un segundo plano_ debido al escaso interés que despertaban en nuestro país y a la imposibilidad de trabajar en serio en este terreno de investigación, hasta su inmersión en cuestiones de teoría política, inseparables de su praxis cotidiana como dirigente de un partido llamado a hacer la revolución (aunque sin fecha prevista). Sacristán era, en este punto, un marxista gramsciano, es decir, que pensaba la revolución desde el punto de vista de la cultura de masas, y desde esta perspectiva estaba orientada tanto su actividad en el partido como su actividad como intelectual, es decir, su intervención en el plano social y su concepto de cuál había de ser el papel del intelectual respecto de la sociedad y cómo debía entenderse su posible influencia sobre ella. En esta tesitura, no es de extrañar que sufriera numerosos desencuentros políticos e intelectuales. El partido comunista español no era claramente estalinista, pero sí impermeable a sugerencias de renovación intelectual, y las masas comunistas más aún, ancladas en el mito revolucionario de la URSS que Stalin construyó (o hizo creer a todos los comunistas europeos que había sido obra _o milagro_ suya). El mayor desencuentro que debió sufrir Sacristán llegaría, presumiblemente, al darse cuenta de que su proyecto de cultura de masas gramsciano no

encajaba en la dirección de un partido que había asumido el autoritarismo burocratizado como forma habitual de tratar la realidad política española.

Abundaron innumerables desencuentros con muchos intelectuales de izquierdas, eso que se llamó la *gauche divine* catalana. Aquí, el autor no duda en dar cuenta de las polémicas relaciones de Sacristán con Gil de Biedma, Montalbán, Carlos Barral y otros, aportando a la discusión todos los elementos en juego, tanto los que favorecen a Sacristán como los que no. Por ejemplo, cuando Sacristán desaconseja el ingreso de Gil de Biedma en el PSUC aduciendo su reconocida condición de homosexual. Aparte de que entre los comunistas de entonces imperaba el machismo y la homofobia, cosa que pondría al candidato en riesgo de ser excluido de la participación interna del partido, Sacristán pensó que no se podría confiar en un militante homosexual porque “en la cama se cuentan muchas cosas” (como si los militantes heterosexuales enmudeciesen durante sus cópulas).

Nos hallamos ante un buen repaso (en el sentido más perverso del término) a la historia del comunismo español. Se muestra abiertamente la escasa relevancia que tuvieron en él los intelectuales de altura, desactivados por las necesidades prácticas de un funcionariado reacio a aceptar teorizaciones demasiado complejas, que además había de dar a las masas del partido explicaciones sencillas y consignas fáciles de seguir. En este embrollo, Carrillo queda bastante mal parado. Nadie duda de su buen hacer en la transición democrática, pero al menos salen a la luz sus maniobras para deshacerse de intelectuales molestos dentro de su partido; molestos simplemente porque sostenían unas posiciones que Carrillo consideró que amenazaban la suya.

En fin, estamos ante un espléndido ejercicio biográfico con numerosas ramificaciones hacia acontecimientos de nuestra historia reciente que no han sido suficientemente divulgados. Es cierto que la intención de Capella de ser objetivo se diluyen un tanto al tratar con cierto cariño a su maestro. A veces el texto parece estar escrito a la defensiva. Pero no es de extrañar tal actitud, teniendo en cuenta el contexto, tanto el de entonces como el de ahora.

Josep Pradas